













su misericordia. Extraña palabra, pero escrita ha quedado.

Cuando te fuiste, nunca pensé que tuviera que perdonarte. No tiene mucho sentido perdonar o no perdonar a una piedra, sea de caliza o de granito. Cuando tu vida, cualquier vida, termina, se reduce a un puñado de hechos. Fue. Sucedió esto y lo otro, y sobre eso se puede pensar lo que se quiera. Tú te acostabas con el marido de tu mejor amiga, y dejaste que te llevara a la muerte. Eso último no entraba en vuestros cálculos, claro. Al principio me preguntaba qué habrías pensado hacer. ¿Habrías propuesto que cambiáramos las parejas, sin más? Son cosas que ocurren.

En la época en que todavía reflexionaba sobre mis preguntas sin respuesta, llegaba a la conclusión de que seguramente no habrías pensado hacer nada. Cuando una no está enamorada, puede resultar difícil imaginarse lo poco que piensan los enamorados en el futuro y en otras personas. Están rodeados de su felicidad, que se expande en todas direcciones. Cada momento de felicidad no quiere dar paso al siguiente y al siguiente. A los enamorados les basta con el rostro del otro y el cuerpo del otro, y con los extraños celos de los que también yo guardo un vago recuerdo, aunque

hace mucho que no estoy enamorada. No sientes celos porque haya rivales o porque pueda haberlos; antes de esos celos, sientes otros que se refieren solo al hombre que amas. Sientes celos del cuerpo de él, porque está más cerca de sus pensamientos de lo que nunca estarás tú.

No, no te has imaginado nada acerca de mí o de Georg, y menos aún que un día yo fuera a estar junto a tu tumba con tu marido y vuestros mellizos. Porque solo había una tumba junto a la que estar. Durante todos estos años, la misma idea inoportuna me asalta de vez en cuando. ¿Y si Henning está vivo en alguna parte? La mente no puede concebir la idea de que alguien desaparezca sin más, ocurre como con la idea de infinitud: que tampoco puede imaginarse. Pero allí estábamos, Georg, los mellizos y yo. Comprenderás que no sintiera ningún deseo por él durante bastante tiempo.

Los mellizos no dejan de criticarme últimamente. Será porque soy demasiado brusca, demasiado mandona. Puede que sea un poco insensible sin ser consciente de ello; pero, por otra parte, creo que son de lo más sentimentales. Claro que respeto que estén tristes por su padre, yo también lo estoy. ¿Por qué siento la necesidad de decirlo? Creo percibir



en ellos una duda. Es que no entiendo por qué tengo que custodiar el hogar de su infancia, ahora que Georg ya no está. Mirar los muebles, comprobar que están en su sitio, quitar el polvo. Por supuesto que podría haber esperado un año, dejar que pasara el aniversario de la muerte de Georg y no decidirme hasta más tarde; pero, en el fondo, ¿por qué? Ninguno de ellos ha pensado volver allí, y Georg está igual de muerto pasadas tres semanas que dentro de un año. No lloré en el entierro, tal vez duden por eso de mis sentimientos. Ya había llorado bastante. Después de regresar a casa del hospital, pasé la tarde-noche llorando, hasta que me quedé dormida en el sofá sin haber encendido ninguna lámpara. No podía tumbarme en la cama, pero no era a causa de él. No era porque acabara de morir en aquel lecho; y la prueba es que las primeras semanas no cambié la ropa de cama. Me acosté con las mismas sábanas y la misma funda de edredón hasta que ya no percibí el olor de él. Es una de las cosas de las que me habría gustado hablar contigo: el olor de Georg. ¿Cómo se puede conocer tan bien algo sin tener palabras para describirlo? Su olor es un hecho en mi memoria, y ahí queda, sin describir. Existía, pero ya no, excepto como un recuerdo sin palabras.